

satanás. En casa se es menos tentado por la imaginación que delante de Dios, lo cual obedece a que allí el espíritu se recoge menos y no tortura tanto los sentidos para sojuzgarlos. Nada extraño, por tanto, que haya quienes se quejen, no sin algún viso de razón, de que les basta ponerse en oración para que sean tentados; claro, es natural que en estos solemnes momentos ataque la naturaleza corrompida con más saña para conservar su imperio.

Es menester vigilar sobre los sentidos exteriores. El pensamiento o la imagen mala que no se apoya en visión precedente de un objeto deshonesto, dura poco; en tanto que si el ojo se ha complacido en la consideración de ese objeto, la imaginación lo reproducirá sin cesar, mientras no se pierda enteramente su recuerdo; hay para meses, quizá para años, según lo vemos en san Jerónimo, a quien el recuerdo de la Roma pagana iba a turbar después de muchos años pasados en la más austera penitencia.

Tengamos siempre presente que nunca seremos dueños de nuestros pensamientos como no lo seamos de nuestros ojos. Por sí sola poco se tienta el alma; bien es verdad que encierra en sí el foco del pecado original; pero los medios del mal los proporcionan los sentidos, de los que el cuerpo es dócil artífice para el mal. Así lo prueba el hecho de que el niño no experimenta nuestras tentaciones, porque sus sentidos no se han abierto aún al mal. ¿Qué deberemos, pues, hacer? Ver sin ver, mirar sin mirar, y si hemos grabado en nuestra imaginación un retrato, debemos borrarlo, olvidándolo por completo. Quizá sea bueno el corazón; mas los sentidos le hacen volver a donde les plazca. Hasta el mismo niño, que ve sin comprender, si se ha grabado una imagen mala, sentirá más tarde que sus recuerdos despiertan y las miradas deshonestas de otro tiempo vuelven a aparecer en su imaginación para atormentarle. Tapémonos, pues, los ojos y los oídos con espinas que nos hagan sentir su punta afilada para impedirnos que sintamos llamas del horno impuro; si hacemos así, las tentaciones sólo conseguirán purificarnos más. Allá va el corazón donde está el pensamiento; nuestro corazón amará a Dios o al mundo según seamos de Dios o del mundo por nuestro espíritu, que de la imaginación saca materia para sus conceptos.

Algo es el mortificarnos así para evitar el pecado, cosa que nos exigen por igual la justicia y nuestra propia salvación; pero pararnos ahí como seguros es prepararnos una derrota; mas hemos prometido que es llegar hasta la mor-

tificación de Jesucristo. Aun cuando no tuviéramos ninguna razón de justicia, debiéramos mortificarnos por complacerle, porque El mismo lo hizo para complacer a su Padre. Tal es la mortificación positiva que debe inspirar toda nuestra vida, convirtiéndose en ley de la misma. Buscad en nuestro Señor la virtud que queráis, y veréis que va impregnada de penitencia; y si a tanto no llegáis, os priváis del corazón mismo de la virtud, de lo que constituye toda su fuerza. Es perder el tiempo tratar de ser humilde, recogido o piadoso sin la mortificación. Dios permite que todas las virtudes nos cuesten trabajo. Puede que hoy sintáis poco el sacrificio, porque Dios os quiere atraer por medio de la dulzura, como a los niños; pero esperad hasta mañana, que propio de la naturaleza misma de la gracia es crucificar. ¿Que no sufrís? ¿No será porque no tomáis las gracias del calvario, que es su verdadera y única fuente? El amor de Dios no es más que sacrificio. ¡Oh cuán lejos lleva esto! Mortificar los sentidos es ya algo, pero mortificarse interiormente es el coronamiento del espíritu de penitencia de Jesús en nosotros.

II

Muy pobre habría de ser nuestra corona, si hubiera de componerse solamente de sacrificios exteriores, porque ¡es tan corta la vida! Afortunadamente el hombre trabaja con mucha mayor actividad que el cuerpo y que Dios. Queriendo hacernos adquirir sumas inmensas de méritos para más gloriosamente coronarnos, nos da medios para sacrificarnos en cada uno de nuestros pensamientos y afectos, siendo así perpetuo el movimiento que nos lleva a Dios. Si fuésemos fieles a su inspiración y llamamiento, veríamos que los sacrificios que nos pide son infinitamente numerosos y cambian a cada instante del día. No pide que se traduzcan en actos exteriores todas las inspiraciones que nos da para sacrificarnos, pero sí que las aceptemos en nuestra voluntad y que estemos dispuestos a ponerlas en práctica si lo exigiera. Para lo cual no hay que apegarse a un estado de alma particular más que a otro, sino poner la propia voluntad en la de Dios y no querer sino lo que El quiera y cuanto El quiera.

El que está gozando, siempre quisiera gozar, mas no es éste el designio de Dios; hay que saber dejar el goce y tomar la cruz: acordaos de la lección del Tabor. Muchos hay que quisieran servir a Dios tan sólo por la felicidad que va aneja

a este servicio; si el tiempo de la adoración no se les pasa gozando, se quejan y dicen: ¡No sé orar! ¡Falso! ¡Sois sensuales y en eso consiste todo! El defecto mayor en que incurren las almas piadosas es el ser sensuales respecto de Dios. Cuando os comunique alegría, disfrutad de la misma, que nada mejor puede haber, pero no os apeguéis a ella; si en cambio se muestra duro, humillaos, sin desanimaros por eso; la máxima que debéis tomar por principio y regla de conducta es que se debe amar a Dios más que sus dones. Cuando san Pablo, cansado de la vida a causa de las tentaciones infernales que le asaltan, ruega a Dios le libre de ellas: “No, contesta el Señor, te basta mi gracia, que mi poder resplandece en la flaqueza” (1). Estas palabras consuelan y confortan al Apóstol, haciéndole decir más tarde: “Reboso de gozo en medio de las tribulaciones que por doquiera me rodean” (2).

En la tribulación y en la mortificación interior es, por tanto, donde se encuentra alegría durable y no en los consue-
los, siquiera sean espirituales. Es ley que sólo el alma peni-
tente goce de Dios, porque el alma, que en todo se somete
a Dios, tiene también sometido el cuerpo, único medio de
que haya paz. No bien se ha hecho un acto de penitencia,
un sacrificio, cuando inunda nuestro corazón la paz que Dios
da en proporción de nuestra mortificación. La mortificación
de penitencia, de justicia, por el pecado, devuelve la paz
a la conciencia, lo cual es efecto de la justicia divina apla-
cada; la mortificación de penitencia y de amor da alegría,
paz divina, suavidad, unción, algo indefinible que transpor-
ta al alma y la arrastra como fuera de sí misma, que espiri-
tualiza al mismo cuerpo hasta tal punto que el alma va a
Dios por el éxtasis, olvidándose de que aún está encerrada en
un cuerpo, según se ve en los santos. Haced experiencia de
lo que os digo, a saber: que la paz del alma guarda propor-
ción con la mortificación; y si llegáis a practicar la virtud en
medio del goce y por el goce, podréis decirme que he men-
tido. Fijaos en los mártires que rebosaban de júbilo y can-
taban cánticos de alegría en medio de los más atroces tormen-
tos. ¿No sentían el sufrimiento? Vaya si sentían; mas el fue-
go del amor interior excedía con mucho las llamas que con-
sumían su cuerpo.

Tengamos presente que el verdadero camino de la san-

(1) II Cor., XII, 9.

(2) Ibid., VII, 4.

tidad es la mortificación. Dios no nos pide sino que nos vaciemos de nosotros mismos, reservándose para sí el llenar el vacío producido: *Dilata cor tuum et implebo illud* (1). Porque el amor propio es un concentrarnos en nosotros mismos, es estar llenos de nosotros mismos. La santidad es cuestión de mortificación.

¿Que eso cuesta? Ciertamente. La paz es el premio de la guerra hecha a la naturaleza. No puede Dios dar paz sin luchar; de lo contrario, nos daría motivo para ilusiones. La paz nos la dará El cuando el espíritu de penitencia nos haga más fuertes y cuando le amemos más por lo que es El mismo que por sus dones.

Aceptemos, pues, el plan de Dios. Nuestro Señor quisiera entrar en nosotros por su verdadero espíritu, que es la mortificación; se presenta incesantemente y aguarda con divina paciencia; todo lo encuentra lleno; todas nuestras puertas le están cerradas; nos abandona porque nos encuentra tan llenos de nosotros mismos y tan sensuales en nuestra vida exterior y espiritual, que nada puede hacer.

(1) Ps., LXXX, 11.

LA VIDA DE LA NATURALEZA Y LA VIDA DE LA GRACIA

Hoc sentiite in vobis quod et in Christo Jesu.

"Tened los mismos sentimientos que tuvo Jesucristo".

(PHILIPP., I, 5).

LA vida de amor no es sino el vivir Jesucristo en nosotros. Su mayor enemigo es el amor propio. Así que tenemos en nosotros dos vidas, natural la una, y la otra sobrenatural. Si de veras queremos ser de Jesucristo, es preciso que ésta triunfe y que aquélla sea vencida, cambiada, transformada en vida divina, en esa vida que anima al justo: *Justus meus ex fide vivit*. Veamos qué es la vida natural para después compararla con la de Jesús en nosotros, de lo cual inferimos cuán necesario nos es vivir con Jesús para vivir de El.

I

La ley de la vida natural es el espíritu propio, el espíritu personal; su divisa es: todo para mí; sus medios, los que le proporciona la sabiduría humana; sus luces, las de la razón natural; su fin, todo para mí y para el momento presente.

La ley de la vida sobrenatural es, al contrario, el espíritu de fe; sus medios, la gracia de Jesucristo y su ley; su fin, la gloria de Dios. Es lo que decía san Agustín: "La ciudad del mundo comienza por amarse a sí misma y acaba por odiar a Dios; la ciudad de Dios comienza por amar a Dios y acaba odiándose a sí misma."

La vida natural se desliza en la piedad y por el claustro, y se encuentra por dondequiera. He aquí los caracteres por los que se la conoce:

1.º Naturaliza todo cuanto puede las acciones sobrenaturales. Las comenzamos por Dios y las acabamos por nosotros mismos; hemos dejado que nuestras miradas se desvíen y nuestra intención se vicie, de suerte que nuestros actos no son ya cabales ni perfectos a los ojos de Dios: *Non invenio opera tua plena* (1). La diferencia entre dos actos radica, por

(1) Apoc., III, 2.

consiguiente, en la intención: la una, hecha por Dios, es santa y divina, en tanto que la otra, hecha para nosotros mismos, resulta inútil para el cielo y acaba con nosotros.

2.º Naturaliza las virtudes cristianas y religiosas. Puede uno muy bien hacer actos de todas las virtudes morales, sin que haya una sola de entre ellas que cuente ante Dios. Es una verdad que enseña la experiencia. ¡Qué desdicha! La falta de elemento sobrenatural vicia nuestras virtudes y las torna estériles: les falta el estar unidas a la divina vid, sin cuya savia nada podemos para el cielo.

3.º Somos naturales en nuestras gracias de piedad y de vocación cuando andamos sólo en pos del honor, de la dulzura, de la gloria, y rehusamos el sacrificio que nos ofrecen y piden.

4.º Naturalizamos el amor de Jesucristo cuando le amamos por nosotros mismos; en lo que nos halague y redunde en gloria nuestra, y no en lo que nos humille y nos mantenga ocultos; cuando nos amamos a nosotros mismos en Jesucristo.

5.º Hasta en la Comunión se nos desliza el elemento natural, cuando en lugar de buscar la fuerza y la virtud que contiene, sólo andamos tras la dulzura, el reposo y el goce que nos queda proporcionar.

“Natura collida est... et se semper pro fine habet: La naturaleza es de suyo astuta y a sí misma se propone siempre por fin (1).

¡Qué poder más espantoso el nuestro, que nos permite disminuir y rebajar así los dones de Dios haciendo que sean naturales e inútiles, o de poco fruto sus gracias sobrenaturales y divinas!

¿Cómo reconocer en sí misma esta vida puramente natural? Viendo cuáles son sus principios y motivos determinantes. ¿Por quién, por qué obramos?

Pero confieso que es difícil: *Natura callida est*; es grande la astucia del amor propio y sabe ocultar sus artimañas; se esconde, se disfraza bajo buenas apariencias, y como en todo lo que hacemos hay algo bueno, como también algo malo, nos muestra sólo lo bueno: *Passione interdum movere et zelum putamus*, creemos obrar por celo puro y desinteresado, siendo así que es el amor propio el que nos mueve.

Prácticamente, la norma de la naturaleza es buscarse a sí misma y tender a gozar. En esto la conoceréis, así como

(1) *Imit.*, 1, III, c. LV, n. 2.

también en el fin que se propone, pues ambiciona descansar siempre y no depender de nadie, obra con rapidez por librar-se cuanto antes: sólo lo que le place hace con gusto.

Un santo, un varón sobrenatural, es austero en el deber y no siempre simpático, porque el continuo luchar le hace duro para consigo mismo y alguna vez también para los demás.

Un cristiano que vive con arreglo a la naturaleza es amable, honrado y diligente; ha naturalizado las virtudes, goza de ellas, no tomando sino lo que le pueda hacer amable para con los demás.

Lo natural, tal es nuestro enemigo; es un ladrón, un dalila, el demonio; halla medio de hacer humana una vida divina y natural una vida de fe, de sustituir el amor de Dios por el amor propio, de remplazar el cielo por la tierra.

II

Es por lo mismo necesario revestirnos de la vida sobrenatural de Jesús en el juzgar y en el obrar, en los efectos, en todos los estados del alma.

1.º Los pensamientos del hombre natural van inspirados en el *yo* y se enderezan al *yo*, porque todo pensamiento natural procede del amor propio, que no se mueve sino conforme al interés de las pasiones.

Al contrario, el hombre sobrenatural tiene su mira puesta en Dios. ¿Qué piensa Jesucristo de esto o de aquello?, se pregunta, y así conforma su pensamiento con el del maestro. Piensa con arreglo a la gracia de Dios; tiene así como un instinto divino con el que discierne los pensamientos naturales y terrestres, penetrándolos y desbaratando sus ocultos designios; y si por ventura llegara a seguirlos por algún momento, experimenta cierta pena y desorden interior que le advierten que tiene que levantar el corazón hacia lo alto: *Quae sursum sunt sapite*.

2.º El que obra naturalmente juzga de las cosas según las sugerencias de los intereses personales, del amor propio, del bienestar, de la sensualidad, rechazando, combatiendo o mostrándose indiferente por lo que cuesta.

El varón espiritual para juzgar se fija en Jesucristo, en su palabra cuando ha hablado, o bien en los ejemplos que ha dejado; y cuando todas estas voces se callan, consulta

la gracia del momento: *Sicut audio judico* (1), como me lo dicta mi Padre así lo juzgo yo, decía nuestro Señor, y ésta es también la norma del varón sobrenatural, que juzga bien porque Jesucristo es su luz, no queriendo en todas las cosas más que la gloria de Dios y su servicio: *Et iudicium meum justum est, quia non quaero voluntatem meam, sed voluntatem ejus qui misit me* (2).

3.º En su conducta el hombre natural no se presta más que a los que es simpático. ¿Qué gana con esto o con aquello? Quiere gozar de lo presente y hasta cuando trabaja.

El hombre sobrenatural obra para Dios y no para sí. No se encierra en el acto mismo, sino que mira a Dios sin adherirse a otra cosa que al fin superior que le mueve a obrar. No se para en la acción, sino en el fin de la acción, que es Dios. Por eso es siempre libre de sus actos. Sólo la divina voluntad del momento decide lo que debe hacerse, obrando o dejando de obrar según lo que dicte. Como a sólo Dios busca, le encuentra en todo.

Además está dotado del instinto de lo que agrada más a Dios. Que se le presenten dos cosas por hacer: pronto disciérne la mejor y la más agradable a Dios, si la elección depende de su libre elección.

4.º Por último, el hombre natural se apega servilmente a los estados interiores que le son simpáticos; como disfrute de paz en la oración, ni aun para cumplir con la obediencia o la caridad querrá dejarla; así también para los demás estados de alma o de vida en que se encuentra: para quedarse tranquilo, rechaza todos los que sean contrarios a su bienestar natural. Mas haga lo que hiciere, y a pesar suyo, siempre se encuentra en guerra porque Dios no permite que goce apaciblemente de su fin natural.

El varón sobrenatural ama todos los estados en que Dios le pone y de todos ellos saca bienes, pues sabe encontrar en los mismos la gracia, la virtud y la gloria de Dios. En una palabra, vive de Jesucristo. Jesucristo es su medio divino.

III

Además de esto—y ello vale más todavía—, vive de Jesucristo y en Jesucristo, formando sociedad de vida con El.

(1) Joann., V, 30.

(2) Ibid.

Sociedad perfecta en que se encuentran todas las condiciones de una sociedad decorosa.

1.º La honradez de los miembros de la sociedad. Jesucristo es seguramente honorable; digámoslo mejor, adorable.—Mas nosotros, ¡oh!, nosotros, ¿qué título podemos presentar? Jesucristo se contenta con el estado de gracia, con tal que seamos puros y delicados. El suplirá todo lo demás, porque la gracia, al hacernos hijos de Dios y templos del Espíritu santo, nos une a Jesucristo como miembros suyos y le permite emplearnos como tales en su grande obra. Mas si nos mancha el pecado mortal, ¡qué desdicha la nuestra! La sociedad queda rota, porque nos falta la honorabilidad necesaria para que Jesús pueda formar sociedad con nosotros.

El pecado venial, aunque no la rompe por completo, hace que la sociedad sea imperfecta y lánguida; molesta a Jesucristo, debilita el lazo de la mutua unión. ¡Oh! Seamos puros, siempre puros aun de pecados veniales, lo cual, por otra parte, es fácil por cuanto podemos purificarnos nosotros mismos con actos de amor o haciendo uso de los sacramentales. Cuanto más puros seamos, tanto mayor será nuestra honorabilidad y tanto más estrechas nuestras relaciones de sociedad con Jesús, porque el grado de pureza da la medida del grado de unión con nuestro Señor.

2.º La segunda condición de una sociedad es que cada miembro aporte fondos para constituir el capital social.

Jesucristo trae todo cuanto tiene y todo cuanto es, todos los tesoros de la gracia y de la gloria; para decirlo en una palabra, trae a Dios.

En cuanto a nosotros, debemos aportar todo lo que hemos recibido en el bautismo, todas las riquezas de la gracia santificante y los magníficos dones gratuitos que nos comunica el Espíritu santo al tomar posesión de nuestras almas, así como también todo lo que hemos adquirido en punto a ciencia, virtud y merecimientos: ¡todo!

Lo que garantiza la duración de la sociedad es que nunca tocaremos al capital ni a los beneficios, hasta que la sociedad se disuelva con la muerte; que nunca volveremos a tomar nada. Examinémonos a menudo sobre esto. Algunos dan más y otros menos; el religioso, por ejemplo, da la libertad, renuncia a poseer bienes temporales y a amar como fin una criatura ni aun por Dios, y por lo mismo que ha dado más logra también mayor ganancia; sea cual fuere el contingente que hayamos aportado, seamos fieles en no tomarlo ni aun en pequeña cantidad.

3.º Finalmente, cada miembro de la sociedad debe prestar su cooperación personal a la obra común, una cooperación abnegada y desinteresada. Nosotros entregamos nuestro trabajo y nuestra fatiga. También Jesucristo trabaja en nosotros y por nosotros; El es quien nos sostiene y nos dirige; sin El nada podríamos hacer; seamos tan fieles y tan diligentes como El en trabajar para la obra común, para la gloria de su Padre; no le faltemos nosotros nunca, que lo que es El nunca nos ha de faltar. Ved cómo describe su acción en nosotros: llámase vid de la viña, y a cada uno de nosotros, que somos sarmientos, da vigor y fecundidad.

Más aún; nos asegura que si queremos formar sociedad con El, cuanto quisiéremos, cuanto pidiéremos a su Padre, El, Jesús, lo ha de hacer: *Quodcumque petieritis Patrem in nomine meo, hoc faciam, ut glorificetur Pater in Filio* (1).

Por último, nos conjura a morar en su amor, de igual manera que El mora en el amor de su Padre, donde realiza todas las obras que le ve hacer. Morar en su amor es, por tanto, participar de su poder de operación, obrar por El y en El, y siendo esto así, ¿qué no podemos hacer? *Omnia possum in eo qui me confortat*: todo lo podremos en este divino centro, que nos comunica su poder infinito.

(1) Joann., XIV, 13.

REGLA PRACTICA DE VIDA SOBRENATURAL

In via vitae non progredi, regredi est.

“En el camino de la vida no adelantar es retroceder”.

(SAN BERNARDO).

Es ley del orden natural que la vida se manifiesta con el movimiento, lo cual ha llegado a ser un axioma. Así, para definir la materia inerte y sin vida, se dice: es lo que no tiene movimiento. Todo ser vivo se mueve; hasta las plantas y los árboles se mueven con continuo movimiento de ascensión y de expansión; las mismas aguas, aunque carecen de vida, cuando les falta el movimiento se convierten en infectos pantanos, y ni el fuego podría durar sin la corriente de aire que hace subir las llamas hacia los cielos.

Otro tanto pasa en el orden intelectual. El que ya no aprende ni provoca cada día como un flujo y reflujo de su inteligencia a los conocimientos que ha de adquirir y de los conocimientos a la inteligencia, resultará ignorante; sólo con el ejercicio se fortalece la memoria. Tiempo ha que se dijo esto, y con harta verdad por cierto.

¿Pasará también otro tanto en el orden sobrenatural? Sin género de duda que sí. Dios es uno, y todas las leyes que ha establecido siguen un mismo curso y presentan unos mismos caracteres; lo único que hace es modificarlas un tanto según sea el orden en que han de obrar. La señal de nuestra vida sobrenatural será, por consiguiente, el movimiento hacia adelante, el progreso.

A lo que este progreso debe tender es a la perfección, y como nunca hemos de llegar a ella, nunca tampoco debe cesar. Las instrucciones que da Jesucristo sobre la perfección prueban que el progreso, el movimiento hacia adelante, es necesario; así lo atestiguan sus expresiones: “Venid, seguidme; andad mientras tengáis luz.” Y en la antigua ley Dios dijo a Abrahán: “Anda delante de mí y sé perfecto.”

Nuestra marcha espiritual ha de dirigirse, pues, hacia la perfección de Jesucristo, que es copia perfecta y acabada de la perfección del mismo Dios: “Sed perfectos como mi Padre celestial es perfecto.” Y como quiera que es imposible alcanzar nunca la plenitud consumada de esta perfección,

estamos obligados a caminar siempre; nunca debemos dejar de trabajar creyendo haber llegado al término.

Ahora bien; los medios de perfección que Jesucristo nos propone consisten en observar la ley y los consejos.

Nadie está dispensado de practicar la ley; por obligación de vocación están, además, los religiosos, obligados a practicar los consejos.

Las personas piadosas del mundo, ¿no deberán también aplicarse a la observancia de estos consejos? Obligación absoluta para ello no la hay, es cierto; pero ved el peligro que tienen esas personas que no quieren practicarlos, contentándose con la ley. Si os contentáis con la ley, les he de decir, nada se os puede reprochar; el pecado no consiste más que en la infracción de la ley, y como los consejos no lo son, no pueden obligaros so pena de pecado. Todo esto está muy bien. Pero he aquí que llega una tempestad, el demonio lanza contra vosotros ejércitos y las tentaciones son más frecuentes e imperiosas. ¿Cuánto tiempo podrá vuestra alma resistir al sitio, sin otra muralla que la ley? No mucho, seguramente. La primera brecha que se abra será decisiva y bastará para entregar la plaza, en tanto que si estuvierais rodeados de la triple muralla de la devoción, de la oración habitual y de la ley, antes que el enemigo derribara las tres, tendríais tiempo para recurrir a nuestro Señor y llamarle a vuestro socorro: *Damine, salva nos, perimus* (1).

En lo que concierne al religioso, está obligado a los consejos evangélicos por sus votos y por su regla que los expresa. La regla, empero, no prescribe explícitamente toda la perfección posible. Si se atiene tan sólo a la letra y no penetra su espíritu, si no trata de desentrañar toda la perfección que implícitamente encierra, es decir, la misma perfección de Jesucristo, le sucederá una desgracia análoga a la que he anunciado a las personas del mundo que se quieren ajustar sólo al rigor de la ley: ¡No será más que un cadáver de religioso!

Es, pues, necesario no darse nunca por satisfecho con lo que se tiene, sea cual fuere la condición en que uno se encuentra, sino progresar siempre. El cesar de progresar es señal cierta de decadencia y de muerte próxima, de la misma manera que una saeta que ya no sube, baja infaliblemente y cae en el polvo.

Quizá os digáis después de esto: ¡Qué doctrina más es-

(1) Matth., VIII, 25.

pantosa! ¡De manera que muero, cuando dejo de progresar!
¡Y, por mi parte, ni sé siquiera si adelanto o retrocedo...!
¿Qué señales me lo darán a conocer?—Van algunas.

II

¿Tenéis alguna porción del campo de la perfección por roturar? ¿Os habéis fijado de una manera bien precisa en el defecto que queréis combatir o en la virtud que habéis de adquirir? Si habéis obrado así, progresáis; si tan luego como acabáis por un lado, comenzáis por otro, no tengo inquietud alguna sobre vuestra suerte, pues dais señales seguras de que adelantáis. La prueba de lo que digo es que cuando os sentís fervorosos, sabéis muy bien decir: Es evidente, me falta la virtud; ese vicio me afea, del propio modo que una zarza afea una heredad. Y al punto os imponéis como un deber el extirparlo, sin dejar de trabajar hasta haber triunfado. Nada más cierto ni más conforme con la experiencia: consultad vuestra propia vida.

Si, al contrario, decís: No tengo empeño en practicar ninguna virtud en particular; prefiero estar bien dispuesto con unión general con nuestro Señor, no siento necesidad alguna de practicar tal o cual acto de virtud en particular; conténtome con practicarlas todas en general, según se presente la ocasión, ¡oh!, ese es el lenguaje de la pereza. Nunca querréis ver la ocasión. Así es cómo habla uno cuando está dominado por la pereza y no tiene valor para hacer uso del hacha y de la segur.

—Yo ya amo a Dios.—Si no pasáis de ahí, sois unos perezosos y os perderán vuestros buenos sentimientos, esos deseos que no sabéis concretar. Estos buenos deseos son los que condenan al perezoso, y el infierno está empedrado de buenos deseos, que por flojedad no han llegado a ser eficaces; son como flores de otoño, que no producen fruto porque les falta el calor vivificante del sol de amor. Además de cobardía, este proceder envuelve en el fondo un escarnio. No es la perfección cosa que se coge con echar una vez la red, sino mina que sólo a trechos muestra un filoncito, y eso después de haber cavado hondo y por mucho tiempo. ¿Qué diríais de un hijo que tratara de convencer a su madre de que la ama, si al mismo tiempo rehusara demostrárselo con su conducta y con la diligencia en prevenir sus deseos? Pensaríais que no ama de veras a su madre o que la ama por su provecho personal, y con harta razón. ¡Cuántas almas se

engañan en este punto! Amo a Dios, quiero hacer cuanto me diga. Sí, pero con la condición de que no os pida nada, pensáis en el fondo del corazón sin confesarlo. Cuando cae en la tibieza un alma que antes tuvo buenas resoluciones bien seguidas, se encuentra precisamente en este estado vago e indefinido. Contando con la fuerza de las antiguas resoluciones, no se molesta en renovarlas o en formar nuevas para las nuevas necesidades, sino que se contenta con quedarse en esa vaga disposición de hacerlo todo según las ocasiones, aunque sin poner nunca manos a la obra. Mirad a vuestro interior, recordad los días de tibieza, y palparéis con el dedo la verdad de lo que os acabo de decir.

Decía san Bernardo a sus religiosos: *Non est perfectum nisi particolare*: no se llega a la perfección sino particularizando y de detalle en detalle. Y eso que ellos estaban aún en el fervor de una reciente reforma. Bien sabía aquel gran santo que después que el fervor nos ha hecho combatir con un enemigo preciso y particular, viene la tibieza a hacernos pactar en definitiva con todos, so pretexto de combatirlos todos a la vez, siquiera lo haga sin caer nosotros en la cuenta.

El único medio de escapar a ese ardid es volver a nuestra primera resolución particular. Después de haber censurado el Señor a uno de los siete obispos del Apocalipsis, que comenzaba a relajarse, díjole: “Vuelve a tus primeras obras, haz lo que hacías antes, *prima opera fac* (1), que si no, voy a ti y removeré tu candelero de su sitio.” Sí, prefiero ver que sufrís derrotas combatiendo un vicio particular y concreto, que ver no sois vencidos nunca, porque combatís todos los vicios a la vez, o, lo que es lo mismo, ninguno.

2.º La segunda señal no excluye la primera, aunque se extienda más, y consiste en un deseo sincero y eficaz de obrar cada vez mejor, en un temor eficaz de ofender a Dios, que nos lleva a evitar realmente las menores faltas con el mayor esmero. Es lo que nuestro Señor expresaba con estas palabras: *Beati qui esuriunt et sitiunt iustitiam*: Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia. Esta segunda señal indica un progreso más rápido que la primera, y a este divino fin debemos tender. No estamos obligados a eso, diréis acaso. Mas si creéis haber hecho lo bastante, sois indignos de los favores divinos, indignos de arrodillaros a sus pies en ese reclinatorio. ¡Cómo! ¿Creéis haber colmado la medida delante de un Dios cuyo amor ha llegado hasta la

(1) Apoc., II, 5.

locura? ¡Si lo que hacéis no bastará tal vez ni siquiera para pagar las deudas de justicia que con El tenéis contraídas! ¿Y qué decir de las deudas de amor? ¡Oh! ¡Desdichado del que crea haber hecho lo bastante! Ese tal está ya parado, no va adelante, sino que retrocede.

Notad la diferencia entre este hambre de la justicia, este vivo deseo de la santidad y el deseo de que hablábamos más arriba; el primero es una especie de satisfacción, de contentamiento, de confianza en sí mismo, que desdeña tomar medios particulares y aguarda las ocasiones con la esperanza de corresponder a ellas, mientras que el segundo las busca y hace que nazcan, pues las industrias del amor son innumerables.

3.º Finalmente, estas dos señales no siempre pueden percibirse a primera vista. Tan cargado está a veces el cielo y tan violenta es la tempestad, que resulta difícil distinguir algo en la propia alma. ¿Cómo saber entonces si progresamos?

Contesto ante todo que estos estados son pasajeros, ni tienen otra razón de ser que la de purificarnos. Es bueno pensar de vez en cuando que no se hace nada, porque este pensamiento es como un aguijón que nos estimula a redoblar el paso. En todo caso, aun en medio de las tinieblas, por oscuro que haga en nuestra conciencia, siempre queda cierta seguridad de no haber retrocedido, y esta seguridad que conserva la paz en el fondo de nuestra alma es la tercera señal de que se va progresando, porque es fácil concebir que si se conserva la certeza íntima de no haber retrocedido, aunque sea uno atacado y turbado, esta certeza está sólidamente fundada. Por lo que no habéis de inquietaros sobre las consecuencias de esas tentaciones y sobre el estado de vuestra alma, pues esta tercera señal es la más segura y casi infalible.

Así que no adelantar es retroceder, y retroceder equivale a estar muerto y haber perdido todo lo que con tanto trabajo se había adquirido. Cerciorémonos, pues, de si adelantamos o nos quedamos estacionarios, mediante las señales indicadas más arriba; y si alguna de estas señales es menos expedita, otra será adecuada. Tomemos resoluciones muy precisas, muy determinadas, para corregirnos de nuestros defectos o adquirir las virtudes que nos faltan; añadamos a esta primera medida un ardiente deseo de amar más y más y de evitar hasta las menores apariencias de pecado. Así progresaremos sin nunca pararnos, hasta llegar al solio de la patria celestial, donde cesará todo progreso, porque seremos absorbidos en Dios.

LA ORACION

UNA de las grandes reglas de santidad es la de saber hallar tiempo para el alma ; el demonio nos lo hace malgastar. ¡Oración! Oración con Dios, hecha por vosotros mismos : he ahí la primera ley de la santidad.

La segunda : generosidad en cumplir la voluntad de Dios para con nosotros por la propia abnegación, por el amor al deber ; obrar por agradar a Dios.

Sed almas de oración.

¡Vamos! Hora es ya de ser santos. Para llegar a ser grandes santos, sed almas de oración y de generosidad ; lo importante y lo difícil está en quererlo y procurarlo. Estrechaos contra Jesús, vuestro maestro ; procurad acercaos a El cuanto podáis y permaneced en su compañía.

El valor es la virtud del soldado ; el amor la del niño ; la abnegación desinteresada la del apóstol y la del religioso. Adquirid estas tres virtudes, que deben ser la trinidad de vuestra vida.

La fuerza nace del amor : amad, por tanto ; el amor se nutre de la oración ; sed almas de oración, pero de una oración que sea vuestra, afectuosa, recogida y edificante, que guste a Dios, que se alimente de Dios, que aspire siempre a lo desconocido de la verdad, de la bondad y del amor de Dios. La llama que no sube de continuo, que debilita o pierde su luz, toca ya a su fin, se extingue o se esfuma.

No quisiera ver en vosotros más que una cosa : el deseo, el hambre, la dicha de la oración en nuestro Señor ; sería un buen síntoma ; si el estómago no apetece la comida, no la digiere, ni tiene hambre, es señal de que está enfermo.

La vida espiritual exige un régimen espiritual. ¡Guardadlo! Estad seguros de que vuestra alma se sentirá feliz cuando se alimente plenamente de Dios.

Tan sólo en la oración gustaréis de esa paz deleitosa, de esta calma, de este descanso que, a veces, se hace más sensible que en la sagrada comunión.

En la oración Dios nos alimenta ; en la sagrada comu-

nión a menudo alimentamos nosotros a Dios con el pan del sufrimiento y con el fruto laborioso de las virtudes. He aquí la razón por qué se sufre a veces después de la sagrada Comunión.

Medio infalible de santidad.

¡Ea! Entregaos asiduamente a la meditación: es la brújula de la vida y el sustento de la virtud; es la gracia de la educación del alma por la gracia por el mismo Dios; es el lema de vida para todo el día, que si lo cumplís os acarreará un día feliz.

No os aflojéis en este ejercicio fundamental; no os extrañéis de que el demonio, vuestro enemigo, ataque contra él con tanta violencia.

Dice santa Teresa: "Si (el alma) persevera en ella (en la oración), por pecados y tentaciones y caídas de mil maneras que ponga el demonio, en fin, tengo por cierto la saca el Señor a puerto de salvación"; y san Alfonso María de Ligorio, dice: "La meditación y el pecado no pueden vivir hermanados."

No cabe duda de que la oración es de ordinario costosa: se siembra en medio de penas y lágrimas, mas sus frutos son exquisitos. Y cosa extraña: cuanto más seca, árida y acompañada de tentaciones sea la meditación, es tanto más fructuosa y perfecta, porque se convierte en calvario expiatorio y santificador; las penas que le acompañan se convierten en fuerza de adquisición de las mayores virtudes y en fuente de las más ricas gracias.

Cuando se posee el espíritu de oración se tiene todo: es el remedio de todos los males.

Para orar bien.

Para conseguir resultados prácticos en la oración débese hacerla con el alma y cuerpo alerta y cuando todo se halle en nosotros en paz y recogimiento. Orad antes de cualquier otro acto. Algunos acostumbran orar aun antes de cualquier oración vocal para mejor aprovechar del recogimiento del alma. Fijad un momento determinado, media hora, una hora, según el tiempo que dispongáis. Dejad de lado antes de la oración todos los ejercicios que pudieran distraeros; cuando no hayáis podido hacerla por la mañana, haced en su lugar durante el día un poco de lectura espiritual y no pade-

cerá vuestra alma, ni perderéis de vista a Dios ni a vuestra alma.

Además, para sacar provecho de la oración, hacedla en un lugar tranquilo y silencioso; por ello los contemplativos buscan los desiertos, las cuevas de las rocas, los lugares más solitarios de la casa o de la iglesia; de esta manera siéntese uno más cerca de Dios. Tened un método preferido de oración que sea el alma de todos los demás.

Todos los métodos conducen al amor, sin duda ninguna; pero, con todo, se ha de seguir el movimiento interior de la gracia, así como el atractivo de la devoción a la pasión, al santísimo Sacramento, a la santa pobreza o al recogimiento en la presencia de Dios.

No olvidéis nunca estos dos principios: primero, que el estado de nuestra alma en la meditación depende de la voluntad de Dios y que, por consiguiente, habéis de meditar según las disposiciones de momento, que regulan y dan la forma a vuestros actos.

En segundo lugar, tened entendido que el éxito sobrenatural de vuestra meditación lo da únicamente la gracia de Dios y, por tanto, no la hagáis depender de vuestras bellas reflexiones ni de vuestros sentimientos fervorosos.

A buen seguro que se han de ejercitar las facultades delante de Dios; pero utilizándolas como condición de la actuación de la gracia.

Id, por consiguiente, a la oración como niños pobres; veréis qué felices os sentiréis. La oración no es ni debe ser más que el ejercicio humilde y confiado de nuestra pobreza espiritual. Y cuanto más pobres seamos, tanto más derecho tendremos a la caridad divina. Este pensamiento ha consolado a muchas almas que sufren.

“La oración—dice san Agustín—es el ejercicio de nuestra mendicidad ante Dios.”

¿Qué hace un mendigo y cuáles son sus virtudes? La primera, la humildad; por eso queda a la puerta y emplea modales humildes; la segunda, la paciencia: sabe esperar, no se enfada por nada, se sirve de las humillaciones y repulsas para hacerse más elocuente; la tercera, el agradecimiento, que le abre todas las puertas y acaba por hacerle querido y estimado.

Sed también vosotros los mendigos del Señor; servíos de vuestras distracciones, de vuestras sequedades, de vuestros mismos pecados como de títulos para que Dios derrame sobre vosotros los tesoros de su infinita bondad.

Resoluciones positivas.

En la oración no andéis divagando; tomad resoluciones positivas. Proponeos combatir un mismo defecto o practicar una misma virtud durante quince días, tres semanas, etc. Ciertamente que no siempre tendréis ocasión de practicar la virtud opuesta a ese defecto; pero siempre podréis practicar actos positivos de la misma y pedirselo a Dios.

Tened a vuestra disposición un libro que os guste; leedlo hasta que algún pensamiento os impresione y podáis evitar de esta suerte la pereza espiritual que impide conocerse a sí mismo.

Si notáis que divaga vuestro espíritu y que no trabajan vuestras facultades, cambiad de materia; si os halláis en un estado ordinario, leed algo adecuado en la *Imitación*; pero previamente preparado respecto al capítulo o número. Si os encontrarais en un estado extraordinario, leed algo análogo a vuestro estado, v. gr.: cuando estuviereis tristes, el capítulo XXI del libro I y los capítulos IX, X y XII del libro II; cuando os sintiereis con repugnancia al sacrificio, medita los capítulos del amor, los tres del cielo, XLVII, XLVIII y XLIX; cuando tuvieses poco recogimiento, el capítulo I del libro II y los primeros del libro III, etc.

Cuando el alma pasa por estos estados no hemos de tratarla como se trata a un enfermo desganado para todo.

La gran resolución que debéis formular es esta: disposición a aceptar pronta y amorosamente, y tan luego como Dios os señale, los sacrificios de desprendimiento que El os pedirá en el curso del día.

Hecho esto no os resta más que vigilar el momento del sacrificio, o mejor todavía, estar siempre dispuestos a decir a Dios: Dios mío, mi corazón está presto a cumplir vuestra santísima voluntad.

Pero este estado de alma ha de ser libre, sin esclavitud ni amedrentamientos; es la vela del amor; el amor no se cansa, vela en el sueño, vela en el trabajo; toda su perfección consiste en hacerlo todo como Dios quiere y según el espíritu de Dios.

Una deliciosa contemplación.

Mas para llegar a esta oración llena de vida, menester es trabajar mucho en olvidarse a sí mismo y en no buscarse a sí mismo en la oración; sobre todo se ha de simplificar el

trabajo del espíritu con la contemplación sencilla y sosegada de las verdades divinas. Porque, en efecto, Dios nos atrae tan sólo por su bondad y nos une consigo por esos dones tan suaves de su amor.

El corazón compara todos los bienes y se entrega al mayor bien conocido y saboreado.

Aspirad en la oración a nutrirnos de Dios, más que a purificaros o a humillaros; a este respecto, alimentad vuestra alma de la verdad personificada en la bondad de Dios para con vosotros, de su ternura y amor personales. El secreto de la verdadera oración consiste en profundizar la acción y el pensamiento de Dios en su amor para con nosotros. Entonces el alma, admirada y extasiada, exclama: “¡Qué bueno sois, Dios mío! ¿Qué haré por vos? ¿Qué es lo que os agrada?” Esta es la llama del fuego.

Cuando el alma llega a sentir esta realidad, la oración es, a no dudarlo, una deliciosa contemplación en la que rápidamente se desliza la hora.

Hablad con Dios.

Id a Dios por el corazón, por la expansión del corazón, por la conversación íntima del alma para que podáis adquirir esa paz que lo abarca todo, ese sentimiento de Dios que suple todo, esa mirada amorosa a Dios que anima todo.

Sabed hablar con Jesús y María con esa intimidad con la que habláis con vuestra querida madre; aprended a dar a nuestro Señor cuenta detallada de vuestra alma, de vuestra vida; exponed a Dios lo que pensáis, lo que deseáis, lo que sufrís.

Hablad con nuestro Señor con sencillez y sinceridad, como si hablarais con un amigo. Sed hijos cariñosos y generosos con el buen maestro.

En este trabajo del amor no habléis siempre; sabed callaros a los pies de Jesús; sentíos felices de verle, contemplarle, oírle, de estar junto a El: el lenguaje del amor es más bien interno que externo.

No necesita Dios de nuestras reflexiones ni de nuestras palabras para enseñarnos a amarle o otorgarnos su gracia. Con todo, quiere que hagamos cuanto podamos ante su majestad soberana y que le demostremos nuestra buena voluntad. Luego, cuando se agota nuestra pobreza, se llega hasta nosotros y nos concede sus gracias.

Cuando meditéis no reflexionéis tanto; ejercitaos más bien en actos de las virtudes. Por ejemplo: cuando meditéis en la pasión de nuestro señor Jesucristo, haced, ante todo, un acto de amor al contemplar todo lo que el Salvador ha sufrido por vosotros; después formulad un acto de agradecimiento por haberos amado tanto y sufrido tanto por vosotros, y por haberos hecho conocer sus sufrimientos.

A continuación, haced un acto de amor a vuestros sufrimientos y particularmente al que habéis de sufrir en aquel momento; pedid luego gracia y amor para padecer por su amor.

Recurrid asimismo a la santísima Virgen y a los santos, pidiéndoles os alcancen la gracia que anhelaís, y tomad la resolución de sufrir callando tal o cual sacrificio.

Esta es una excelente meditación.

Cuando se llega a conversar de esta suerte con nuestro Señor, ¡qué felicidad se siente! Es un tesoro que se lleva por doquiera. Es el centro de nuestro corazón y de nuestra vida. Sin Jesús no hay dicha en la tierra; por lo cual, no os resta más que vivir con Jesús, el esposo, el padre, y la vida de nuestra alma.

Pedid a la santísima Virgen la gracia de la oración: ésta es la gracia de las gracias.

INDICE

| | |
|---|----|
| Prólogo | 3 |
| El espíritu de la Comunión | 9 |
| Directorio para la preparación | 12 |
| El estado de gracia para la Comunión | 15 |
| El deseo de la Comunión | 19 |
| La preparación del Espíritu santo | 22 |
| El santo sacrificio | 26 |
| Método para asistir a misa meditando la pasión | 29 |
| Método para oír misa uniéndose al espíritu del Santo Sacrificio | 35 |
| Método para oír misa, meditando las siete palabras de Jesús en la cruz | 38 |
| Directorio para la acción de gracias | 40 |
| La extensión de la Encarnación | 45 |
| El Pan de vida | 48 |
| La Comunión, maná de los elegidos | 52 |
| La Comunión, gozo del espíritu | 56 |
| La Comunión y la ley de amor | 61 |
| El Sacramento de la bondad de Dios | 65 |
| El Sacramento de vida | 69 |
| La rehabilitación por la Comunión | 73 |
| La Comunión, Sacramento de paz con Dios | 77 |
| La Comunión, manantial de confianza en Dios | 80 |
| La Comunión, remedio de nuestra tristeza | 84 |
| La Comunión, educación divina | 88 |
| Las místicas bodas | 91 |
| Él para mí y yo para Él | 95 |
| La Comunión, sacramento de unidad | 99 |

| | |
|---|-----|
| La vida de amor | 105 |
| La perfección del amor | 108 |
| La gracia de vida | 115 |
| La vida de Jesucristo en nosotros | 120 |
| El don de la personalidad | 123 |
| La vida de unión con el Espíritu Santo | 128 |
| La vida del verdadero servidor | 133 |
| El recogimiento, camino de las obras divinas | 137 |
| El recogimiento, ley de la santidad | 141 |
| El recogimiento, alma de la vida de oración | 145 |
| La vida de oración | 150 |
| El espíritu de oración | 154 |
| La vida interior | 158 |
| El rocío de la gracia | 163 |
| La insensibilidad del corazón | 169 |
| La pureza de la vida de amor | 176 |
| La virginidad del corazón | 181 |
| El espíritu de Jesucristo | 185 |
| Las señales del espíritu de Jesús | 189 |
| La mortificación, signo del espíritu de Jesús | 199 |
| La vida de la naturaleza y la vida de la gracia | 205 |
| Regla práctica de vida sobrenatural | 211 |